

VENEZUELA

VENEZUELA.

D. ANDRÉS BELLO.

D. ANDRÉS BELLO.

D. ANDRES BELLO.

---

EL ANAUCO.

Irrite la codicia  
Por rumbos ignorados  
Á la sonante Tetis  
Y bramadores austros;  
El pino que habitaba  
Del Betis fortunado  
Las márgenes amenas  
Vestidas de amaranto,  
Impunemente admire  
Los deliciosos campos  
Del Ganges caudaloso,  
De aromas coronado.  
Tú, verde y apacible  
Ribera del Anauco,  
Para mí más alegre  
Que los bosques Idalios  
Y las vegas hermosas  
De la plácida Pafos,  
Resonarás continuo  
Con mis humildes cantos;  
Y cuando ya mi sombra  
Sobre el funesto barco  
Visite del Erebo  
Los valles solitarios,

En tus umbrías selvas  
Y retirados antros  
Erraré cual un día,  
Tal vez abandonando  
La silenciosa margen  
De los estigios lagos.  
La turba dolorida  
De los pueblos cercanos  
Evocaré mis manes  
Con lastimero llanto;  
Y ante la triste tumba,  
De funerales ramos  
Vestida, y olorosa  
Con perfumes indianos,  
Dirá llorando Filis:  
«Aquí descansa Fabio.»  
¡Mil veces venturoso!  
Pero, tú, desdichado,  
Por bárbaras naciones  
Lejos del clima patrio  
Débilmente vaciles  
Al peso de los años.  
Devoren tu cadáver  
Los canes sanguinarios  
Que apacienta Caribdis  
En sus rudos peñascos;  
Ni aplaque tus cenizas  
Con ayes lastimados  
La pérfida consorte  
Ceñida de otros brazos.

### Á LA NAVE.

IMITACIÓN DE HORACIO.

(*O navis referent....*)

¿Qué nuevas esperanzas  
Al mar te llevan? Torna,

Torna, atrevida nave,  
Á la nativa costa.

Aun ves de la pasada  
Tormenta mil memorias,  
¿Y ya á correr fortuna  
Segunda vez te arrojas?

Sembrada está de sirtes  
Alevos tu derrota,  
Do tarde los peligros  
Avisará la sonda.

¡Ah! Vuelve, que aun es tiempo,  
Mientras el mar las conchas  
De la ribera halaga  
Con apacibles olas.

Presto erizando cerros  
Vendrá á batir las rocas,  
Y náufragas reliquias  
Hará á Neptuno alfombra.

De flámulas de seda  
La presumida pompa  
No arredra los insultos  
De tempestad sonora.

¿Qué valen contra el Euro  
Tirano de las ondas,  
Las barras y leones  
De tu dorada popa?

¿Qué tu nombre, famoso  
En reinos de la Aurora,  
Y donde al sol recibe  
Su cristalina alcoba?

Ayer por estas aguas,

Segura de sí propia,  
Desafiaba al viento  
Otra arrogante proa;

Y ya padrón infausto  
Que al navegante asombra,  
En un desnudo escollo  
Está cubierta de ovas.

¡Qué! ¿No me oyes? ¿El rumbo  
No tuerces? ¿Orgullosa  
Descoges nuevas velas  
Y sin pavor te engolfas?

¿No ves, ¡oh malhadada!  
Que ya el cielo se entolda,  
Y las nubes bramando  
Relámpagos abortan?

¿No ves la espuma cana  
Que hinchada se alborota,  
Ni el vendaval te asusta  
Que silba en las maromas?

¡Vuelve, objeto querido  
De mi inquietud ansiosa;  
Vuelve á la amiga playa  
Antes que el sol se esconda!

### ALOCUCIÓN Á LA POESÍA.

FRAGMENTOS DE UN POEMA TITULADO «AMÉRICA».

#### I.

Divina poesía,  
Tú de la soledad habitadora,  
Á consultar tus cantos enseñada,

Con el silencio de la selva umbría;  
Tú á quien la verde gruta fué morada,  
Y el eco de los montes compañía;  
Tiempo es que dejes ya la culta Europa,  
Que tu nativa rustiquez desama,  
Y dirijas el vuelo adonde te abre  
El mundo de Colón su grande escena.  
También propicio allí respeta el cielo  
La siempre verde rama  
Con que al valor coronas:  
También allí la florecida vega,  
El bosque enmarañado, el sesgo río,  
Colores mil á tus pinceles brinda;  
Y Céfire revuela entre las rosas;  
Y fúlgidas estrellas  
Tachonan la carroza de la noche;  
Y el Rey del cielo, entre cortinas bellas  
De nacaradas nubes, se levanta,  
Y la avecilla en no aprendidos tonos  
Con dulce pico endechas de amor canta.

¿Que á ti, silvestre ninfa, son las pompas  
De dorados alcázares reales?  
¿A tributar también irás en ellos,  
En medio de la turba cortesana,  
El torpe incienso de servil lisonja?  
No tal te vieron tus más bellos días  
Cuando en la infancia de la gente humana,  
Maestra de los pueblos y los reyes  
Cantaste al mundo las primeras leyes.  
No te detenga, ¡oh, diosa!  
Esta región de luz y de miseria,  
En donde tu ambiciosa  
Rival Filosofía,  
Que la virtud á cálculo somete,  
De los mortales te ha usurpado el culto;  
Donde la coronada hidra amenaza  
Traer de nuevo al pensamiento esclavo  
La antigua noche de barbarie y crimen:

Donde la libertad vano delirio,  
Fe la servilidad, grandeza el fasto,  
La corrupción cultura se apellida:  
Descuelga de la encina carcomida  
Tu dulce lira de oro, con que un tiempo  
Los prados y las flores, el susurro  
De la floresta opaca, el apacible  
Murmurar del arroyo transparente,  
Las gracias atractivas  
De natura inocente  
Á los hombres cantaste embelesados;  
Y sobre el vasto Atlántico tendiendo  
Las vagorosas alas, á otro cielo,  
Á otro mundo, á otras gentes te encamina,  
Do viste aún su primitivo traje  
La tierra, al hombre sometida apenas;  
Y las riquezas de los climas todos,  
América, del sol joven esposa,  
Del antiguo Oceano hija postrera,  
En su seno feraz cría y esmera.

¿Qué morada te aguarda? ¿Qué alta cumbre,  
Qué prado ameno, qué repuesto bosque  
Harás tu domicilio? ¿En qué felice  
Playa estampada tu sandalia de oro  
Será primero? ¿Donde el claro río  
Que de Albión los héroes vió humillados,  
Los azules pendones reverbera  
De Buenos Aires, y orgulloso arrastra  
De cien potentes aguas los tributos  
Al atónito mar? ¿Ó donde emboza  
Su doble cima el Avila (1) entre nubes,  
Y la ciudad renace de Losada? (2)  
¿Ó más te sonreirán, Musa, los valles  
De Chile afortunado, que enriquecen

(1) Monte vecino á Caracas.—(El Autor.)

(2) Fundador de Caracas.—(El Autor.)

Rubias cosechas y süaves frutos;  
Do la inocencia y el candor ingenuo  
Y la hospitalidad del mundo antiguo  
Con el valor y el patriotismo habitan?  
¿Ó la ciudad (1) que el águila posada  
Sobre el nopal mostró al azteca (2) errante  
Y el suelo de inexhaustas venas rico  
Que casi hartaron la avarienta Europa?  
Ya de la mar del Sur la bella reina,  
Á cuyas hijas dió la gracia en dote  
Naturaleza, habitación te brinda  
Bajo su blando cielo, que no turban  
Lluvias jamás ni embravecidos vientos.  
¿Ó la elevada Quito  
Harás tu albergue, que entre canas cumbres  
Sentada, oye bramar las tempestades  
Bajo sus pies, y etéreas auras bebe  
Á tu celeste inspiración propicias?  
Mas oye do tronando se abre paso  
Entre murallas de peinada roca,  
Y, envuelto en blanca nube de vapores  
De vacilantes iris matizada,  
Los valles va á buscar de Magdalena  
Con salto audaz el Bogotá espumoso.  
Allí memorias de tempranos días  
Tu lira aguardan; cuando, en ocio dulce  
Y nativa inocencia venturosos,  
Sustento fácil dió á sus moradores,  
Primera prole de su fértil seno,  
Cundinamarca; antes que el corvo arado  
Violase el suelo, ni extranjera nave  
Las apartadas costas visitara.  
Aun no aguzado la ambición había  
Hierro feroz; aun no degenerado  
Buscaba el hombre bajo oscuros techos

(1) Méjico.—(El Autor.)

(2) Nación americana fundadora de Méjico.—(El Autor.)

El albergue, que grutas y florestas  
Saludable le daban y seguro,  
Sin que señor la tierra conociese,  
Los campos valla, ni los pueblos muro.  
La libertad sin leyes florecía;  
Todo era paz, contento y alegría;  
Cuando de dichas tantas envidiosa  
Huitaca (1) bella, de las aguas diosa,  
Hinchando el Bogotá, sumerge el valle.  
De la gente infeliz, parte pequeña  
Asilo halló en los montes:  
El abismo voraz sepulta el resto.  
Tú cantarás cómo indignó el funesto  
Estrago de su casi extinta raza  
Á Nenqueteba, hijo del Sol, que rompe  
Con su cetro divino la enriscada  
Montaña, y á las ondas abre calle.  
El Bogotá, que, inmenso lago un día,  
De cumbre á cumbre dilató su imperio;  
De las ya estrechas márgenes, que asalta  
Con vana furia, la prisión desdeña,  
Y por la brecha hirviendo se despeña.  
Tú cantarás cómo á las nuevas gentes  
Nenqueteba piadoso leyes, y artes,  
Y culto dió; después que á la maligna  
Ninfa mudó en lumbrera de la noche,  
Y de la Luna por la vez primera  
Surcó el Olimpo el argentado coche.

Ve, pues, ve, á celebrar las maravillas  
Del Ecuador: canta el vistoso cielo  
Que de los astros todos los hermosos  
Coros alegran, donde á un tiempo el vasto  
Dragón del Norte su dorada espira  
Desvuelve en torno al luminar inmóvil

(1) Huitaca, mujer de Nenqueteba ó Bochica, legislador de los muiscas.—Véase:  
Humboldt, *Vues des Cordillères*, t. 1.—(*El Autor*.)

Que el rumbo al marinero audaz señala,  
Y la paloma cándida de Arauco  
En las australes ondas moja el ala.  
Si tus colores los más ricos mueles  
Y tomas el mejor de tus pinceles,  
Podrás los climas retratar, que entero  
El vigor guardan genital primero  
Con que la voz omnipotente, oída  
Del hondo caos, hinchó la tierra, apenas  
Sobre su informe faz aparecida,  
Y de verdura la cubrió y de vida.  
Selvas eternas, ¿quién al vulgo inmenso  
Que vuestros verdes laberintos puebla,  
Y en varias formas y estatura y galas  
Hacer parece alarde de sí mismo,  
Poner presumirá nombre ó guarismo?  
En densa muchedumbre  
Ceibas, acacias, mirtos se entretejen,  
Bejucos, vides, gramas:  
Las ramas á las ramas,  
Pugnando por gozar de las felices  
Auras y de la luz, perpetua guerra  
Hacen, y á las raíces  
Angosto viene el seno de la tierra.  
¡Oh! ¡Quién contigo, amable Poesía,  
Del Cauca á las orillas me llevara,  
Y el blando aliento respirar me diera  
De la siempre lozana primavera  
Que allí su reino estableció y su corte!  
Ó, si ya de cuidados enojosos  
Exento, por las márgenes amenas  
Del Aragua moviese  
El tardo incierto paso;  
Ó reclinado acaso  
Bajo una fresca palma en la llanura,  
Viese arder en la bóveda azulada  
Tus cuatro lumbres bellas,  
¡Oh cruz del Sur! Que las nocturnas horas  
Mides al caminante